

caverna. Reinaldo, indignado ante la cobardía de sus compañeros, que no tenían valor más que en campo libre y que no se atrevían á penetrar en Roma, les dirigió una mirada de desprecio y les dijo:

—¿Conque me dejáis solo?

Después pareció reflexionar un momento, y añadió:

—¡Sois unos miserables! mas yo iré solo, y seré el único dueño de esa rica presa. ¿Sabéis?... ¡Adiós!

—Mi capitán, dijo Lamberti, ¿y si lo cogiesen á usted sin haber logrado su objeto?

—¡Que Dios me proteja! repuso Reinaldo fijando sus ojos en el cielo.

Y dichas estas palabras salió y encontró en la carretera al intendente de Bracciano.

—Aquí acaba la página, dijo Lousteau, que había sido escuchado silenciosamente por todo el mundo.

—Nos está leyendo su obra, dijo Gatién al hijo de la señora Popinot-Chandier.

—Señores, por estas primeras palabras, se deduce evidentemente que los bandidos están en una caverna, repuso el periodista aprovechando esta ocasión para burlarse de los sancerreses. ¡Qué negligencia ostentaban entonces los novelistas en los detalles, cuando hoy se observan con tanta fidelidad bajo pretexto de darle color á la obra! Si los ladrones están en una caverna, en lugar de *fijando sus ojos en el cielo*, debiera decir *fijando sus ojos en la bóveda*. A pesar de

esta incorrección, Reinaldo me parece un hombre de ejecución, y en su apóstrofe á Dios se reconoce al italiano. Esta novela no carece de cierto color local. ¡Diablo! unos bandidos, una caverna, un Lamberti que sabe calcular. Solamente en esta página veo yo toda una comedia. Añadid á estos primeros elementos un poco de intriga, una joven aldeana de faldas cortas y peinada hacia atrás, y un centenar de estrofas detestables, y ya sois dueño del público. Además, ¡Reinaldo!... ¡qué propio de Lafont es este nombre! Suponiéndole unas patillas negras, un pantalón corto, una capa, grandes bigotes, una pistola y un sombrero cordobés, y si el empresario del teatro tiene valor para pagar algunos artículos en los periódicos, ya tenéis que la comedia alcanza cincuenta representaciones y el autor seis mil francos de derechos, si yo quiero decirme á decir algo bueno de la pieza en mi periódico. Continuemos:

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 219

La duquesa de Bracciano encontró su guante. Ciertamente que Adolfo, que la había conducido á la espesura de naranjos, tuvo motivo para creer que había cierta coquetería en aquel olvido, pues la espesura estaba á la sazón desierta. El ruido de la fiesta se oía vagamente á lo lejos. Los *fantoccini* anunciados habían llevado á todo el mundo á la galería. Jamás Olimpia pareció tan hermosa á su amante. Sus miradas, animadas por el mismo fuego, se comprendieron, y hubo un momento de delicioso si-

lencio para sus almas, imposible de describir. Ambos se sentaron en el mismo banco en que se habían encontrado otra vez en presencia del caballero de Paluzzie y de los ri-

—¡Diablo! ¡ya no veo á nuestro Reinaldo! exclamó Lousteau. ¡Qué progresos puede hacer un literato en la comprensión de la intriga llevado de los pensamientos que encierra esta página! La duquesa Olimpia es una mujer *que podía olvidar á intento sus guantes en una espesura desierta.*

—A menos que no sea uno un mármol, es imposible no reconocer en Olimpia... dijo Bianchón.

—A una mujer de treinta años, se apresuró á interrumpirle la señora de La Baudraye temiendo un epíteto demasiado médico.

—Entonces, Adolfo tendrá veintidós, repuso el doctor, porque una italiana de treinta años es como una parisiense de cuarenta.

—Con estas dos hipótesis la novela puede reconstruirse, dijo Lousteau. Y este caballero de Paluzzie, ¿eh? ¡vaya un hombre! En estas dos páginas el estilo es flojo, y el autor debía ser sin duda un empleado de los derechos reunidos y habría hecho esta novela para pagar al sastre.

—En aquella época, dijo Bianchón, y es preciso ser tan indulgente con el hombre que sostenía las tijeras de 1805, como con aquellos que iban al patíbulo en 1793.

—¿Comprende usted algo? preguntó tímidamente la señora Gorjú, mujer del alcalde, á la señora de Clagny.

La mujer del fiscal, que, según el dicho del

señor Gravier, hubiera hecho huir á un cosaco en 1814, se afirmó sobre sus caderas como un caballero sobre sus estribos, é hizo una mueca á su vecina, que quería decir:

—Nos están mirando: sonriamos como si comprendiésemos.

—¡Es encantador! dijo la alcaldesa á Gatién. Por favor, señor Lousteau, continúe usted.

Lousteau miró á las dos mujeres, dos verdaderas pagodas indias, y, para contener la risa, juzgó necesario exclamar:

—¡Atención! prosiguiendo de esta suerte:

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 209

el ruido de una falda rompió el silencio. De pronto el cardenal Borborigano apareció á los ojos de la duquesa. Tenía el rostro sombrío: su frente parecía cargada de nubes, y una amarga sonrisa se dibujaba en su boca.

—Señora, se sospecha de usted, dijo. Si es usted culpable, huya, y si no lo es, huya también, porque, virtuosa ó criminal, de lejos le será á usted más fácil defenderse.

—Doy las gracias á Vuestra Emi-nencia por su solicitud, dijo ella; el duque de Bracciano aparecerá cuando yo crea necesario demostrar que existe.

—¡El cardenal Borborigano! exclamó Bianchón. ¡Por vida del... si no declaran ustedes que ese nombre solamente es una magnífica creación, y si no ven en las palabras *el ruido de una falda rompió el silencio* toda la poesía del papel de

Schedoni, inventado por la señora Radcliffe en *El confesonario de los penitentes negros*, son ustedes indignos de leer novelas.

—Por mi parte, la novela continúa, repuso Dinah, apiadada de las diez y ocho caras que miraban á los dos parisienses. Yo lo comprendo perfectamente todo: estoy en Roma, veo el cadáver de un marido cuya mujer audaz y perversa duerme sobre ascuas y que á cada momento se ve atormentada por la idea de que todo se va á descubrir.

—Y la verá usted abrazando á ese Adolfo y dándole un beso al que quisiera comunicar toda su vida, exclamó Lousteau. Adolfo me parece que ha de ser un joven guapo, pero sin talento, uno de esos hombres como los que se ven en los italianos. Reinaldo se cierne sobre la intriga que nosotros no conocemos, pero que debe ser intrincada como la de un melodrama de Pixerecourt. Por otra parte, podemos figurarnos que Reinaldo atraviese el fondo del escenario como un personaje de los dramas de Victor Hugo.

—¿Acaso sea el marido! exclamó la señora de La Baudraye.

—¿Comprende usted algo de esto? preguntó la señora Piedefer á la presidenta.

—¿Si es divino! dijo la señora de La Baudraye á su madre.

Todas las gentes de Sancerre abrían asombrados unos ojos del tamaño de un duro.

—Por favor, continúe usted, dijo la señora de La Baudraye.

Lousteau continuó.

—¿Su llave?

—¿La ha perdido usted acaso?

—No, está en la espesura.

—¿Corramos!

—¿La habrá cogido el cardenal?

—No... aquí está.

—¿De qué peligro escapamos!

Olimpia miró la llave y creyó reconocer la suya; pero Reinaldo la había cambiado. Sus astucias le habían dado resultado y poseía la verdadera llave. Aquel hombre tenía tanta habilidad como valor, y sospechando que la existencia de tesoros considerables era lo único que podía obligar á la duquesa á llevar siempre una llave en la

—¿Busca la continuación! exclamó Lousteau. ¡Qué lástima! la página que seguía no está, y sólo contamos con la 212 para satisfacer nuestra curiosidad.

—Si hubiésemos perdido la llave?

—Él estaría muerto.

—¿Muerto! ¿No tenía usted que acceder al último ruego que le hizo y darle la libertad con las condiciones que...?

—Usted no lo conoce.

—Pero...

—¿Cállate! yo te he tomado como amante y no como confesor. Adolfo guardó silencio.

—Después sigue aquí un Amor montado sobre una cabra al galope, viñeta dibujada por

Normand y grabada por Duplat, cuyos nombres se perciben perfectamente, dijo Lousteau.

—¿Y la continuación? dijeron aquellos auditores que comprendían.

—El capítulo está acabado, respondió Lousteau, y la circunstancia de esta viñeta cambia por completo mis opiniones acerca del autor. Para haber obtenido bajo el Imperio viñetas grabadas en madera, el autor debía ser un consejero de Estado ó la señora Barthelemy-Hadot, el difunto Desforges ó Sewrin.

—*Adolfo guardó silencio!* ¡Ah! dijo Bianchón, la duquesa tiene más de treinta años.

—Si no hay nada más, invente usted un fin, dijo la señora de La Baudraye.

—Pero la maculatura sólo ha sido tirada por un lado, dijo Lousteau. En estilo tipográfico, la parte *segunda*, ó mejor dicho, el reverso, que debía haber sido impreso, resulta que ha recibido un número inconmensurable de impresos diversos, y pertenece, por lo tanto, á la clase de hojas llamadas de *prueba*. Como sería sumamente largo el enseñarles en qué consisten los desarreglos de una *hoja de prueba*, básteles saber que ésta no puede guardar huellas de las doce primeras páginas que fueron impresas en ella, del mismo modo que ustedes no podrían guardar recuerdo alguno del primer bastonazo que les hubiesen dado si algún pachá les hubiese condenado á recibir ciento cincuenta en la planta de los pies.

—Yo, dijo la señora Popinot-Chandier al señor Gravier, me vuelvo loca, y procuro en vano explicarme el consejero de Estado, el cardenal, la llave y esa macula...

—Sí, vamos, no cuenta usted con la llave de esta broma, dijo el señor Gravier. Pues bien, hermosa señora, tranquilícese usted, á mí me pasa lo mismo.

—Pero ¡si hay aquí otra hoja! dijo Bianchón examinando la mesa donde se encontraban las pruebas.

—Menos mal, dijo Lousteau; está sana y entera. Está señalada IV; J. 2.<sup>a</sup> edición. Señoras, el IV indica el cuarto volumen. La J, décima letra del alfabeto, la décima hoja. Con lo cual me parece probado que esta novela de cuatro tomos ha debido gozar, salvo las astucias del librero, de gran éxito, puesto que se han hecho de ella dos ediciones. Leamos y descifremos este enigma.

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 217

corredor; pero, al verse perseguido por los criados de la duquesa, Rei-

—¡Anda al diablo!

—¡Oh! dijo la señora de La Baudraye, han ocurrido grandes acontecimientos entre el fragmento de la maculatura y esta página.

—Señora, diga usted mejor esta endiablada página. Pero, ¿pertenece al cuarto tomo la maculatura en que la duquesa olvidó los guantes en la espesura? ¡Esto es un lío! Continuemos:

naldo no encuentra asilo más seguro que el que le proporciona su refugio inmediato en el subterráneo donde debían estar los tesoros de la señora de Bracciano. Ligerero como la Camila del poeta latino, corrió hacia la en-

trada misteriosa de los baños de Vespasiano. Las antorchas iluminaban ya las paredes del jardín, cuando el diestro Reinaldo, descubriendo con la perspicacia de que le había dotado la naturaleza la puerta oculta en el muro, desapareció inmediatamente. Una horrible reflexión surcó el alma de Reinaldo cual rayo que desgarró las nubes: ¡el mismo se había apri-

—¡Oh! esta hoja es continuación del fragmento de la maculatura. La última página del fragmento es la 212 y tenemos aquí la 217. En efecto, si en la maculatura, Reinaldo, que ha robado la llave de los tesoros de la duquesa Olimpia entregándole una semejante, se encuentra ya en el palacio de los duques de Bracciano, no hay duda alguna que la novela sigue su curso natural. Me agradaría que esto fuese tan claro para ustedes como lo es para mí. Para mí, la fiesta ha acabado ya, es la una de la mañana, y los dos amantes han vuelto al palacio Bracciano. Reinaldo va á dar un buen golpe.

—¿Y Adolfo? dijo el presidente Boirouge, hombre que pasaba por ser un poco ligero en palabras.

—¡Y qué estilo! dijo Bianchón. *Reinaldo no encuentra asilo más seguro que el que le proporciona...*

—Es indudable que ni Maradán, ni los Treutel y Wurtz, ni Doguereau han impreso esta novela, dijo Lousteau, porque tenían correctores que miraban las pruebas, lujo este que nuestros editores debían permitirse, con lo cual estarían

al pelo los autores del día. Esto debió imprimirlo algún librero del muelle...

—¿Qué muelle? dijo una señora á su vecina. Se hablaba de baños...

—Continúe usted, dijo la señora de La Baudraye dirigiéndose á Lousteau.

—En todo caso, esto no es de un consejero de Estado, dijo Bianchón.

—Puede que sea de la señora Hadot.

—Pero ¿por qué mezclan en esto á la señora Hadot, de la Charité? preguntó la presidenta á su hijo.

—Mi querida presidenta, esta señora Hadot á que se refieren, es una escritora que vivió bajo el consulado, le dijo la baronesa de La Baudraye.

—¡Cómo! ¿escribían las mujeres en tiempo del emperador? preguntó la señora Popinot.

—¿Y la señora de Genlis? ¿y la señora de Stael? dijo el fiscal aprovechando la observación de Dinah para dar muestra de sus conocimientos.

—¡Ah!

—Por favor, continúe usted, dijo la señora de La Baudraye á Lousteau.

Lousteau reanudó la lectura, diciendo:

—Página 218:

sionado!... tentó la pared con inquieta precipitación, y lanzó un grito de desesperación al ver que buscaba en vano huellas de la cerradura secreta. Le era casi imposible reconocer aquella espantosa verdad. La puerta,

construída hábilmente para favorecer las venganzas de la duquesa, no podía abrirse por dentro. Reinaldo pegó el oído á diversos lugares y no sintió en ninguna parte el aire cálido de la galería. Esperaba encontrar una hendidura que le indicase el lugar en que acababa la pared; pero ¡nada! ¡nada!... el muro parecía ser un solo bloque de mármol.

Entonces lanzó un sordo rugido de hiena.

—¡Y nosotros creíamos haber inventado recientemente los gritos de hiena, cuando la literatura del Imperio los ponía en escena con gran conocimiento de la historia natural, como nos lo prueba la palabra sordo! dijo Lousteau.

—Continúe, por Dios, no haga más reflexiones, dijo la señora de la Baudraye.

—Vea usted cómo el *interés*, ese monstruo romántico, acaba de envolverle en sus redes como me envolvió á mí hace un instante, dijo Bianchón.

—¡Lea usted! gritó el fiscal, que yo ya voy entendiendo.

—¡Qué fatuo! dijo el presidente al subprefecto al oído.

—Quiere adular á la señora de La Baudraye, respondió el nuevo subprefecto.

—Está bien, continuó, dijo solemnemente Lousteau, que fué escuchado con el mayor silencio.

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 219

Un profundo gemido respondió al grito de Reinaldo; pero aquel gemido era tan débil, parecía tan imposible

que hubiese salido de un pecho humano, que Reinaldo, en medio de su turbación, lo tomó por un eco.

—¡Santa María! dijo el desconocido.

—Si dejo este lugar, luego no sabré encontrarle, pensó Reinaldo una vez que recobró su acostumbrada sangre fría, y si llamo seré reconocido: ¿qué hacer?

—¿Quién está ahí? preguntó la voz.

—¿Eh? dijo el bandido. ¿Sabrán hablar aquí los sapos?

—¡Yo soy el duque de Bracciano! ¡Quién quiera que usted sea, si no

220

OLIMPIA

pertenece á la duquesa, venga por todos los santos, llegue hasta mí!

—Señor duque, sería preciso saber dónde estás, respondió Reinaldo con la impertinencia del hombre que se cree necesario.

—Amigo mío, yo te veo porque mis ojos se han acostumbrado á la obscuridad. Escucha, anda en línea recta... bien... vuélvete hacia la izquierda... ven... hacia aquí... Ya estamos juntos.

Reinaldo, echando las manos hacia adelante por prudencia, tocó unas barras de hierro.

—¡Me estás engañando! gritó el bandido.

—No, has tocado mi jaula... sién-

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 221

tate sobre ese trozo de pórfido que hay ahí.

—Y ¿cómo es que el duque de

Bracciano se encuentra en una jaula? preguntó el bandido.

—Amigo mío, estoy aquí hace treinta meses de pie, sin haber podido sentarme. Pero ¿quién eres tú?

—Yo soy Reinaldo, príncipe de la campiña, jefe de cuarenta valientes que son admirados por todas las damas, que son tildados de bandidos por las leyes, y á los que los jueces ahorcan siguiendo una antigua costumbre.

—¡Alabado sea Dios! ¡Estoy salvado! De un hombre honrado hubiera tenido miedo, mientras que con-

222

OLIMPIA

tigo estoy seguro de entenderme, exclamó el duque. ¡Oh! ¡mi querido libertador! tú debes estar armado hasta los dientes.

—¡E verissimo!

—¿Traes acaso...?

—Sí, limas, pinzas... ¡*Corpo di Bacco!* si venía á tomar á préstamo indefinido los tesoros de los Bracciani...

—Mi querido Reinaldo, ten la seguridad de que obtendrás una buena parte de ellos, y es muy fácil que yo me vaya á cazar hombres en tu compañía.

—¡Me asombráis, Excelencia!

—Escucha, Reinaldo, no he de hablarte del deseo de venganza que

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 223

consume mi corazón, estoy aquí desde hace treinta meses, tú eres italiano y me comprenderás. ¡Ah! amigo mío,

mi cansancio y mi asombrosa cautividad no son nada en comparación del odio que bulle en mi corazón. La duquesa de Bracciano es aún una de las mujeres más hermosas de Roma, y yo la amaba lo bastante para estar celoso de ella.

—Usted, siendo su marido...

—Sí, ahora comprendo que hice mal.

—Es claro, esa conducta es impropia de un duque, dijo Reinaldo.

—Mis celos fueron excitados por la conducta de la duquesa, repuso el duque, y los sucesos han venido á

—Dispénsenme ustedes, señores míos, dijo Lousteau, pero me es imposible continuar sin hacerles ver cómo la literatura del Imperio iba derecha al grano sin ningún detalle, siendo esta una de las circunstancias características de los tiempos primitivos. La literatura de aquella época fluctuaba entre el sumario de los capítulos del *Telémaco* y los informes del ministerio público; tenía ideas, pero no las expresaba, ¡la desdeñosa! y observaba, pero la muy avara no daba cuenta á nadie de sus observaciones, y Fouché fué el único que comunicó á alguien las suyas. La *literatura se contentaba entonces*, según el dicho de uno de los críticos más necios de la revista de *Ambos Mundos*, *con un bosquejo desnudo de las figuras á la antigua, y no se perdía en interminables períodos*. ¡Ya lo creo que no tenía períodos! Como que se contentaba con decir que Lubín amaba á Antoñita, que Antoñita no amaba á Lubín, que Lubín mató á Antoñita, que los gendarmes cogieron á Lubín, lo metieron en la cárcel, y que

una vez allí fué juzgado y guillotinado. ¡Gran bosquejo y contorno impío! ¡Hoy los bárbaros procuran hacer brillar á las palabras.

—¿Qué quiere decir con esto? preguntó la señora de Clagny.

—A mí me parece que estoy completamente á oscuras, replicó la alcaldesa.

—Hoy, repuso Lousteau, los novelistas dibujan caracteres, y en lugar del argumento pelado, ponen al descubierto el corazón humano y le hacen á uno tomar interés, ya por Antoñita ó ya por Lubin.

—Hoy espanta la educación del público en materia de literatura, dijo Bianchón. Al igual que los rusos derrotados por Carlos XII y que acabaron por saber guerrear, el lector de hoy ha acabado por conocer el arte. Antaño sólo se pedía interés á la novela; en cuanto al estilo, nadie se fijaba en él, ni aun el autor; en cuanto á las ideas, cero, y respecto al color local, nada. Insensiblemente, el lector ha ido exigiendo estilo, interés y conocimientos positivos. Exigió después los *cinco sentidos literarios*: la invención, el estilo, el pensamiento, el saber y el sentimiento, y, finalmente, la crítica ha venido y lo ha enlazado todo. La crítica, incapaz de inventar nada que no sean calumnias, sentó el principio de que toda obra que no emanase de un cerebro completo era imperfecta. Algunos charlatanes como Walter Scott, que podía reunir los cinco sentidos literarios, aparecieron entonces, y aquellos que sólo tenían talento, saber, estilo ó sentimiento, estos seres imperfectos, estos acéfalos, estos mancos, estos cojos y estos tuertos litera-

rios empezaron á proclamar que todo estaba perdido é hicieron verdaderas cruzadas contra las gentes que estropeaban el oficio.

—Esa es la historia de sus últimas querellas literarias, advirtió Dinah.

—¡Por favor, volvamos al duque de Braccian! exclamó el señor de Clagny.

Con gran desesperación de la asamblea, Lousteau reanudó la lectura de la hoja:

probarme que yo tenía razón. Un joven francés amaba á Olimpia y era amado por ella, y yo llegué á tener pruebas de su mutuo afecto...

Entonces quise asegurarme de mi desgracia á fin de poder vengarme al amparo de la Providencia y de las leyes. La duquesa adivinó mis proyectos, y entonces nos batimos con el pensamiento antes de batirnos con el veneno en la mano. Queríamos imponernos mutuamente una confianza que no sentíamos; yo para hacerle beber un brebaje, y ella para apoderarse de mí. Mas ella, como mujer, me venció; pues las mujeres siempre cuentan con algún lazo más que nosotros, y yo caí en él; fui fe-

liz; pero al día siguiente por la mañana desperté en esta jaula de hierro. Enrojecí de vergüenza durante todo aquel día en la obscuridad de esta bodega, situada debajo del dormitorio de la duquesa. Por la noche, cle-

vado por un mecanismo hábilmente preparado, atravesé el techo metido en mi jaula y vi á la duquesa en brazos de su amante, el cual me arrojó un pedazo de pan, que es desde entonces mi ración cotidiana. Esta es mi vida desde hace treinta meses. En esta prisión de mármol mis gritos no pueden ser oídos, y no había para mí esperanza alguna, pues el cuarto de la duquesa está en lo más internado del palacio, y mi voz,

226

OLIMPIA

cuando subo á él, no puede ser oída por nadie. Cada vez que veo á mi mujer, ella se complace en enseñarme el veneno que yo había preparado para ella y para su amante, y aunque yo se lo pido para mí, ella me niega la muerte, me da pan, y yo como. ¡Ah! ¡cuánto me alegro hoy de haber comido y de vivir! Nunca había contado con los bandidos.

—Sí, Excelencia, cuando las imbeciles gentes honradas duermen, nosotros velamos.

—¡Ah! Reinaldo, todos mis tesoros son tuyos, nos los repartiremos como hermanos, y yo quisiera dártelo todo, hasta mi ducado.

—Excelencia, obtenedme una abso-

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 227

lución del papa *in articulo mortis*, y esto me será más provechoso para mi porvenir.

—Cuanto quieras; pero límame los barrotes de mi jaula y préstame tu

puñal. No tenemos tiempo que perder, date prisa... ¡Ah! si mis dientes fueran limas... Más de una vez he intentado mascar estos hierros.

—Excelencia, dijo Reinaldo al oír las últimas palabras del duque, ya he limado un barrote.

—¡Tú eres un Dios!

—Su mujer está en la fiesta de la princesa Villaviciosa, ebria de amor en compañía de su francés, y, por lo tanto, tenemos tiempo.

—¿Has acabado?

228

OLIMPIA

—Sí.

—¿Y tu puñal? se apresuró á preguntar el duque al bandido.

—Aquí lo tenéis.

—Bien. Oigo el ruido del resorte.

—No me olvide usted, dijo el bandido, que era hombre entendido en materia de agradecimiento.

—Antes olvidaría á mi padre, le dijo el duque.

—Adiós, exclamó Reinaldo. ¡Toma! como sube, añadió el bandido viendo desaparecer al duque. ¡Que antes olvidaría á su padre! se dijo el bandido. Pues estoy fresco si no me da otra seguridad. ¡Ah! he sido un torpe, y he olvidado que había jurado no hacer nunca daño á las mujeres.

Ó LAS VENGANZAS ROMANAS 229

Pero dejemos por un momento al bandido entregado á sus reflexiones, y subamos con el duque á las habitaciones del palacio.

—¡Aquí hay otra viñeta que representa á un Amor montado sobre un caracol! Después, la página 230 está en blanco, dijo el periodista. He aquí otras dos páginas en blanco bajo ese epígrafe que tanto gusta cuando se tiene la desgracia de dedicarse á hacer novelas: ¡Conclusión!

### CONCLUSIÓN

La duquesa, que jamás había estado tan hermosa, salió del baño vestida como una diosa, y al ver á Adolfo

234

OLIMPIA

acostado voluptuosamente en un diván, le dijo:

—¡Qué hermoso estás!

—¡Y tú también, Olimpia!

—¿Me amas aún?

—Cada vez más.

—¡Ah! ¡sólo los franceses saben amar de ese modo! exclamó la duquesa. ¿Seguirás amándome esta noche?

—Sí.

—¡Ven, pues, á mis brazos!

É impulsada por el amor y por el odio, ya que el cardenal Borborigano la hubiese hecho detestar más á su marido, ó ya por afán de mostrar claramente su amor, Olimpia tocó el resorte y tendió los brazos á

—¡Ya se ha acabado! exclamó Lousteau. Pero con esto ya tenemos bastante para saber que el autor daba esperanzas.

—Yo no entiendo una palabra, dijo Gatién

Boirouge, que fué el primero en romper el silencio que guardaron los sancerreses.

—Ni yo tampoco, exclamó el señor Gravier desesperado.

—Sin embargo, señores, ya ven ustedes que es una novela hecha bajo el Imperio, dijo Lousteau.

—¡Bah! por la manera como hace hablar al bandido, se ve que el autor no conocía Italia, dijo el señor Gravier. Los bandidos no se permiten semejantes *concelli*.

La señora Gorjú se aproximó á Bianchón, que estaba muy pensativo, y le dijo señalándole á Eufemia Gorjú, su hija, que contaba con una hermosa dote.

—¡Qué galimatías! ¡Cuánto más valen los escritos que usted hace!

La alcaldesa había meditado profundamente esta frase, que, según ella, encerraba una gran gracia.

—¡Ah! señora, hay que ser indulgente, y tener en cuenta que de mil páginas sólo hemos leído veinte, respondió Bianchón mirando á la señorita Gorjú, cuyo talle amenazaba tomar el mismo aspecto del primer embarazo.

—Señor de Clagny, dijo Lousteau, ayer hablábamos de las venganzas inventadas por los maridos; ¿qué piensa usted de las inventadas por las mujeres? le preguntó.

—Pienso que esa novela no es de un consejero de Estado, sino de una mujer, respondió el fiscal. En concepciones extravagantes la imaginación de las mujeres es más fecunda que la de los hombres, como nos lo denuestra el *Fran-*

*kenstein* de mistres Shelley, el *Leone Leoni* de Jorge Sand, las obras de Ana Radcliffe, y el *Nuevo Prometeo* de Camilo Maupin.

Dinah miró fijamente al señor de Clagny dándole á entender con una expresión que le dejó helado de espanto, que, á pesar de tan ilustres ejemplos, ella creía que aquel dicho era una alusión á *Paquita la Sevillana*.

—¡Bah! dijo el raquíto La Baudraye, el duque de Bracciano, que ha sido enjaulado por su mujer y que la ve todas las noches en los brazos de su amante, va á matarla. ¿Llaman ustedes á eso venganza? Los tribunales y la sociedad son mucho más crueles.

—¿En qué? preguntó Lousteau.

—Vamos, ahora va á hablar el pequeño La Baudraye, dijo el presidente Boirouge á su mujer.

—En que vuelve la espalda á la mujer que no cuenta con grandes recursos, la cual se ve privada, no sólo del lujo, sino también de gran consideración, dos cosas que son, á mi ver, de grande estima, dijo el ancianito.

—Pero cuenta con la dicha, le respondió fastuosamente la señora de La Baudraye.

—No, replicó el aborto encendiendo su palmaria para ir á acostarse, porque tiene un amante.

—Para no pensar más que en sus tierras y en sus viñas, no deja de tener el barón chispa, dijo Lousteau.

—Algo ha de tener, respondió Bianchón.

La señora de La Baudraye, que fué la única que pudo oír estas últimas palabras de Bianchón, se echó á reír tan amarga y maliciosa-

mente, que el médico adivinó el secreto de la vida íntima de aquella mujer cuyas prematuras arrugas le preocupaban desde por la mañana. Pero Dinah no adivinó las siniestras profecías que su marido acababa de hacerle con aquellas palabras, profecías que el abate Duret no hubiera dejado de explicarle. El pequeño La Baudraye había sorprendido en los ojos de Dinah, cuando ésta miraba al periodista, esa rápida y luminosa ternura que dora la mirada de una mujer en el momento en que cesa la prudencia y en que comienza el arrebató. Dinah no vió tampoco la invitación que la hacía de aquel modo su marido á que observase las conveniencias, del mismo modo que Lousteau no hizo caso de los maliciosos consejos de Dinah el día de su llegada. Cualquiera otro que no fuese Bianchón se hubiera asombrado del rápido éxito de Lousteau; pero al médico ni siquiera le mortificó en lo más mínimo la preferencia que Dinah daba á su amigo. En efecto, Dinah, grande ya de por sí, debía mostrarse más accesible al talento que á la grandeza. Ordinariamente, el amor prefiere los contrastes á las semejanzas. La franqueza, la sinceridad y la profesión del doctor, todo, en una palabra, le era contrario. He aquí por qué: Las mujeres que quieren amar, y Dinah quería amar y ser amada, sienten un horror instintivo por los hombres entregados á ocupaciones tiránicas. Poeta y folletinista, el libertino Lousteau, adornado de su misantropía, hacía esa vida medio ociosa que agrada á las mujeres. El buen sentido, las miradas perspicaces del hombre verdaderamente eminente molestaban á Dinah, la

cual no quería confesarse á sí propia su pequeñez y, se decía:

—El doctor vale indudablemente más que el periodista, pero me gusta menos.

Por otra parte, la baronesa pensaba en los deberes de la profesión, y se preguntaba si á los ojos de un médico podía una mujer ser otra cosa distinta de un *sujeto*. La primera proposición del pensamiento escrito por Bianchón en el álbum era el resultado de una observación médica que iba á dar muy de lleno á la mujer, para que Dinah no lo hubiese observado. Finalmente, Bianchón, que no podía permanecer más tiempo á causa de su clientela, partió al día siguiente. ¿Qué mujer, á no ser que reciba en el corazón la flecha mitológica de Cupido, puede decidirse en tan poco tiempo?

Una vez vistas en masa por Bianchón estas pequeñeces que producen las grandes catástrofes, el médico dijo en cuatro palabras á Lousteau el juicio que le merecía la señora de La Baudraye, juicio que causó la más viva sorpresa al periodista. Mientras que los dos parisienses cuchicheaban, se levantaba una tormenta contra la baronesa entre los sancerreses, que no comprendían las perífrasis y los comentarios de Lousteau. En lugar de ver en todo aquello la novela que el procurador del rey, el subprefecto, el presidente, el primer sustituto, el señor de La Baudraye y Dinah habían visto, las mujeres, agrupadas en torno de la mesa del té, sólo vieron una burla y acusaban á la musa de Sancerre de haberse dejado engañar. Todas habían esperado pasar una velada encantadora, todas habían

esforzado inútilmente las facultades de su espíritu, y no hay nada que irrite más á los provincianos que la idea de servir de juguete á los parisienses.

La señora Piedefer dejó la mesa del té para ir á decir á su hija:

—Vete á hablar á esas damas, que están admiradas de tu conducta.

Lousteau no pudo menos de observar entonces la evidente superioridad de Dinah sobre las demás mujeres de Sancerre, pues no sólo era la que mejor vestía, sino que sus movimientos estaban llenos de gracia, su tez adquiría deliciosa blancura al resplandor de las luces, y se destacaba, en fin, del grupo de jóvenes mal vestidas y de modales tímidos, como se destaca una reina en medio de su corte. Las imágenes parisienses se borraban, Lousteau se acostumbraba á la vida de provincias; y era hombre de demasiada imaginación para que no le impresionasen las magnificencias reales de aquel palacio, las exquisitas esculturas y las antiguas bellezas de su interior, y tenía también demasiado saber para ignorar el valor del mobiliario que enriquecía á aquella joya del Renacimiento; de suerte que cuando los sancerreses, que tenían que andar por lo menos una hora, se fueron retirando uno á uno, acompañados por Dinah, y cuando sólo quedaron en el salón el fiscal, el señor Lebas, el señor Gravier y Gatién, que dormían en Anzy, el periodista había cambiado ya por completo de opinión acerca de Dinah. En su pensamiento se operaba ya aquella evolución que la señora de La Baudraye había tenido la

audacia de indicarle en su primera entrevista.

—¡Ah! ¡Cómo se van á desahogar contra nosotros á su gusto por el camino, exclamó Dinah volviendo de nuevo al salón, después de haber dejado en el coche al presidente y á la presidenta y á los señores Popinot-Chandier.

El resto de la velada tuvo su parte alegre. En reunión íntima y poco numerosa, cada uno aportó á la conversación su contingente de epigramas acerca de las diferentes caras que los sancerreses habían puesto durante los comentarios de Lousteau sobre la cubierta de sus pruebas.

—Querido mío, dijo Bianchón á Lousteau al mismo tiempo que se acostaba (los habían puesto juntos en un cuarto grande con dos camas), tú serás el feliz mortal escogido por esa mujer apellidada Piedefer.

—¿Lo crees así?

—Sí, y se explica perfectamente. Tú pasas aquí por haber tenido muchas aventuras en París y, para las mujeres, hay en el hombre afortunado un no sé qué de agradable que las atrae y contribuye á que les agrade; ¿es la vanidad de hacer triunfar sus recuerdos en medio de todos los demás? ¿ó es que les halaga la idea de despertar el amor en un corazón herido?

—Los sentidos y la verdad entran por tanto en el amor, que todas esas hipótesis pueden ser verdaderas, respondió Lousteau. Pero si me quedo, es únicamente á causa del certificado de inocencia que tú has suscrito. Es guapa, ¿verdad?

—Cuando ame se volverá encantadora, dijo el médico. Después de todo, no vas descaminado,

porque un día ú otro ha de pasar al estado de rica viuda, y un hijo le proporcionaría el goce de la fortuna del señor de La Baudraye.

—¡Pero si amar á esa mujer es hacer una buena obra! exclamó Lousteau.

—Una vez que sea madre, engordará, desaparecerán sus arrugas, y nadie le echará más de veinte años.

—Pues bien, dijo Lousteau arrebujiándose en las sábanas, de su cama, si quieres ayudarme, mañana, sí, mañana, yo... En fin, buenas noches.

Al día siguiente, la señora de La Baudraye, á la que su marido había dado los caballos de que él se servía para las labores y una calesa vieja que parecía una matraca, quiso acompañar á Bianchón hasta Cosne, lugar adonde el médico tenía que ir á tomar la diligencia de Lyon. Dinah llevó consigo á su madre y á Lousteau; pero se propuso dejar á su madre en La Baudraye, irse á Cosne con los dos parisienses y volver después sola con Esteban. La baronesa se arregló y vistió de un modo encantador, que no pasó desapercibido para el periodista: botas bronceadas, medias de seda gris, vestido de organdí, chal de seda verde y un bonito sombrero de encaje negro adornado de flores. Respecto á Lousteau, el muy pillo se había puesto en pie de guerra: botas de charol, pantalón de paño inglés, chaleco muy abierto, que dejaba ver una camisa finísima y el satín negro de su hermosa corbata, y una levita negra muy corta y muy ligera. El fiscal y el señor Gravier se miraron de un modo singular cuando vieron á los parisienses en la calesa,

mientras que ellos se quedaban como dos necios en el último peldaño de la escalinata interior. El señor de La Baudraye, que daba sus adioses al doctor con su diminuta mano, no pudo menos de sonreír cuando oyó que el señor de Clagny decía á Gravier:

—Debía usted de haberles acompañado á caballo.

En aquel momento, Gatién, montado en la mansa yegua del señor de La Baudraye, desembocó por la calle de árboles que conducía á las cuadras y se unió á la calesa.

—¡Ah! menos mal, ese muchacho ha sido previsor.

—¡Qué fastidio! exclamó Dinah al ver á Gatién. En trece años, pues hace ya trece años que estoy casada, no he tenido tres horas de libertad.

—¿Casada, señora? dijo el periodista sonriéndose. Ahora me recuerda usted un dicho del difunto Michaud, que los tenía tan buenos. Iba á marchar para Palestina, y sus amigos le hacían reflexiones acerca de su edad y de los peligros de semejante excursión. Por fin hubo uno que le dijo: —No olvide que es usted casado. —¡Oh! le respondió él, sí; ¡pero lo soy tan poco!

La severa señora Piedefer no pudo menos de sonreír.

—No me asombraría ver que el señor de Clagny viniese á completar la escolta montado en mi caballito, exclamó Dinah.

—¡Oh! si el fiscal no se nos une, dijo Lousteau, al llegar á Sancerre podrá usted desembarazarse de ese jovenzuelo. Bianchón habrá olvi-

dato algo seguramente sobre la mesa, como el manuscrito de la primera lección que ha de explicar este curso, y usted le rogará á Gatién que vaya á buscarlo á Anzy.

Esta astucia, aunque sencilla, puso de buen humor á la señora de Clagny. El camino de Anzy á Sancerre, desde el que se ven á intervalos magníficos paisajes, produciendo á veces el Loira el efecto de un lago, se hizo alegremente, pues Dinah se mostraba satisfecha de verse tan bien comprendida. Se habló de amor en teoría, lo cual permite á los amantes *in petto* apreciar en cierto modo el estado de sus corazones. El periodista habló en tono de elegante corrupción para probar que el amor no obedecía á ninguna ley, que el carácter de los amantes variaba sus accidentes hasta lo infinito, que los acontecimientos de la vida social aumentaban aún la variedad de los fenómenos, que todo era posible y verdadero en este sentimiento, y que tal mujer, después de haber resistido durante mucho tiempo á todas las seducciones y á pasiones verdaderas, podía sucumbir en algunas horas á un pensamiento ó á una tormenta interior cuyo secreto poseía únicamente Dios.

—Pues qué, ¿no da esto la explicación de todas las aventuras que hemos contado estos tres días? dijo el periodista.

Hacia tres días que la viva imaginación de Dinah se ocupaba de las novelas más insidiosas. La conversación de los dos parisienses había obrado en aquella mujer el mismo efecto que la lectura de los libros más peligrosos. Lousteau seguía con atenta mirada los efectos de esta há-